

**P**uede que sea un sueño: lo sé, pero no me importa.

Ando con mi escaso babi a rayas blancas y rojas por la plaza de Tetuán. Trato de jugar al fútbol sin conseguirlo. Me disfrazo de cabo Rusty, pero los perros no terminan de convencerme; para ser totalmente sincero, y aún en el sueño, son animales que me dan miedo aunque lleguen a llamarse Rin Tin Tin.

Veo entonces a mi señorita en la clase de párvulos. Corro hacia ella, se llama Rosa y me explica las primeras letras en las viejas y pequeñas aulas del colegio del Loreto, creo que cerca de la calle Diputación. Invento mi primer cuento y me sienta en su regazo sobre una larga y alegre falda tableada. Después de mi madre, me parece la mujer más guapa del mundo. Quizá lo sea.

Termino con mi historieta de brujas y hadas que un buen psicólogo interpretaría como una obsesión infantil por las mujeres. En realidad, tiene razón porque sólo he cumplido seis años y vivo rodeado de muchas hermanas, abundantes tías, mi madre y mi abuela.

Mi padre está siempre en la farmacia. No sabe catalán, pero se ha incorporado con facilidad a una sociedad abierta y acogedora. El barrio le respeta y a los vecinos no les ha costado acostumbrarse a pedir consejo a este joven boticario rodeado de una prole tan numerosa. Asiste a las reuniones colegiales, le convence el grupo más dinámico, entablando una firme amistad con el legendario Ramón Jordi, pero él siempre se decantará por la prudencia.



## Barcelona

José Vélez  
(de AEFLA)

Esto ya no es un sueño, ni siquiera es un capítulo o un extracto de la brillante *Sombra del Viento*, de Ruiz Zafón; es la imagen de la forzada España de los primeros años sesenta y de una Barcelona que trataba de despertar de un largo letargo: la tratada por el inolvidable Gironella en *Condenados a vivir*.

Con mis pequeños pasos iba a Urquinaona, el bulevar ancho y ruidoso en el que nací y llegaba en un largo paseo de apenas trescientos metros al mosaico de la plaza de Cataluña, para hacer volar a las palomas con más alboroto que pericia. Algún fin de semana, mis padres planificaban una excursión a Cuatro Caminos —desconozco si es donde hoy se ubica una cárcel— para merendar un pan con tomate y Cacaolat, que eran la mejor delicia. También me llevaron al recoleto Sarrià a ver algún partido en el que casi siempre tocaba sufrir.

Esa era mi Barcelona: sin rondas, ni Maremagnum; sin rascacielos con hoteles lujosos o enhiestas torres de indiscretas formas farmacéuticas y cuestionable belleza. Un poco destartalada y con aspecto de suciedad en muchas de sus calles, sin esa categoría de gran metrópoli que hoy destila.

Vuelvo a mi ciudad con cierta frecuencia. Cualquier excusa me parece idónea para retornar: unos *calçots* bien condimentados por alguno de mis múltiples parientes con esa salsa especial y nutritiva; bodas, bautizos y comuniones; también alguna visita penosa y puntual al cementerio de Montjuïc. Nunca, ningún político y ninguna ideología *frentista*, han conseguido que me sienta extraño entre esta multitud de gentes mediterráneas que circulan por calles luminosas, limpias y modernas. Estoy en casa.

Ahora vuelve Infarma. Infarma es Barcelona y es farmacia; una mezcla magistral, una tentación para la vista y un lugar para compartir inquietudes y sinsabores profesionales. No son buenos tiempos y, la verdad, apenas hay lugar para la sonrisa o la alegría, pero es Barcelona y este año se puede visitar, por fin, la majestuosa Sagrada Familia. Es Barcelona, ese punto en el mapa donde mi propia vida empezó a hacerse realidad y donde cabalgué por vez primera en mi bicicleta de un color naranja chillón como si fuera Bahamontes.

Y aquello no fue un sueño: fue, sin duda, mi mejor regalo de Reyes. ■